



MANUEL VILAS EN EL INSTITUTO

Por Rubén Benedicto Rodríguez

Estoy leyendo *Alegría*, la obra del flamante finalista del Premio Planeta de este año y, durante la lectura, me resulta inevitable recordar que, hace casi dos décadas, Manuel Vilas fue invitado por los profesores del departamento de Lengua y Literatura del Instituto Vega del Turia, Javier Járboles y Toni Losantos. Sus alumnos de 2º de Bachillerato habían leído *El cielo* y para comentar la obra decidieron traer al poeta que, por aquel entonces, si no recuerdo mal, todavía ejercía de profesor de Secundaria en algún instituto de Aragón. Entonces no era demasiado conocido en el mundillo literario y supongo que intentaba compaginar como buenamente podía sus labores de enseñante con las de escritor. Creo que algo supieron ver en él los dos colegas responsables de impartir las asignaturas de Lengua y Literatura en ese curso, porque habían elegido ese libro y ese escritor para abordar algún aspecto del currículo de la materia.

Se decidió que el salón de actos del centro sería un lugar adecuado para celebrar el encuentro y, no recuerdo si en calidad de jefe de estudios o de director, también me invitaron a acompañarlos. Es uno de esos instantes en los que te alegras de desempeñar alguna tarea directiva en el instituto. En cuanto empezó la reunión quedó claro que los alumnos habían realizado una lectura atenta y minuciosa del poemario, seguramente guiada por los profesores, y enseguida comenzaron a realizarle preguntas, muchas preguntas, de todo tipo a su autor. En un momento dado, alguien le preguntó por el personaje protagonista del libro, una especie de dandi pequeñoburgués con aspiraciones, hedonista, bebedor y mujeriego, con un destacado amor al lujo, cierto talante nihilista y quizá alguna ansia por destacar en el escalafón social y económico. El alumno, o la alumna, porque no lo recuerdo, le dijo al escritor algo así como que no le había caído bien el protagonista, que su modo de vida le parecía inmoral. Creo que Manuel Vilas se sorprendió un poco por el comentario y le respondió que, a él, su personaje le caía bien, que sería un tipo con el que no le importaría compartir charla o tomarse una cerveza.

Resulta curioso el modo en el que cada uno enfoca la escritura o la lectura desde sus presupuestos y convicciones. Desde luego, a mí la respuesta me encajó con lo que vislumbraba de aquel profesor y escritor en progreso. Me divertieron la pregunta y la respuesta, me encantó el encuentro. Me gustó estar ahí, me sentí orgulloso de pertenecer a esa comunidad educativa en particular. Por lo demás, me pregunto si hoy, alguno de aquellos alumnos, siguen la obra de Manuel Vilas, han leído alguno de sus libros posteriores o alguna de sus colaboraciones en periódicos. Me pregunto si, al menos, recordarán el nombre del autor cuando ahora lo nombran en televisión o ven sus libros destacados en algún escaparate. Me pregunto si valorarán el esfuerzo que un día alguien realizó por ampliar sus horizontes vitales, por acercarlos a la literatura o, simplemente, por estimular su imaginación. Me pregunto quién reconocerá la dedicación de tantos y tantos profesores que, desde humildes institutos de provincias, como el nuestro, intentan ensanchar los límites del conocimiento.